

El cuento de la escritura

Fernando Martínez Ramírez

Pero quien lee un relato de viaje es eso lo que lee, y no se le pasa por la cabeza buscar lo que no le digan que allí está.

José Saramago

ESTA VEZ DIRÉ ALGO CREÍBLE: escribo porque tengo dónde publicar y mes con mes regresa esa mezcla de obligación y vanidad de ser visto, digo: leído. Lo demás parece fácil: descubrir un tema, algo importante qué decir. Obviamente ahora no lo tengo y por eso me veo forzado a ser dialéctico, a encandilar su atención confesándoles que odio a Z: su hedor lo llevo grabado en las fosas nasales.

Mientras el asunto llega, desdoble estas hebras caligráficas que se estiran con capricho debido al zarandeo del autobús en que viajo rumbo a la oficina. En un alto las letras mejoran. Cualquiera que me conozca podría adivinar que se trata de mis trazos, pero nos engañamos al sostener que conocemos a las personas por sus reiteraciones y sus manías, cuando únicamente aplazamos la angustia de sabernos solos.

Esa música de los Beatles que el conductor ha puesto a todo volumen: “And I love her”, entre claxonazos y la lectura de Saramago, ambientan este desasosiego, una mezcla de no querer llegar para no ver a Z y de continuar indefinidamente hasta que termine de llover (me gusta la ciudad mojada) o el tema no pueda escapárseme de las manos, y luego el locutor que narra cómo Paul McCartney demandó a sus tres compañeros, aunque al final, todos sabemos, lograron reconciliarse. “People say I’m crazy” canta Lennon sentenciado a muerte, y la letra se pierde en este manual de pintura y caligrafía que voy leyendo y que sin duda ahora mismo influye en mi estilo. Los acordes del piano me traen el recuerdo del día que asesinaron a J. L.; mis compañeros de escuela me dieron

el pésame, pues me veían triste y decían que yo sí era un auténtico “beatlemaniaco”. Hasta escribimos una rola con puros títulos de los Beatles. El “she loves you yeah, yeah” tarareado por esta acompañante de cabellos anaranjados y perfil tenue me hace pensar que desde los setentas (con s me gusta más) admirar al Cuarteto Liverpool, como le llaman, ha representado un gusto clásico en el rock y en él se consigna nuestra búsqueda de la diferencia, de la amada distinción, la cual me trae nuevamente a estos caracteres (es sólo un sinónimo para no volver a decir caligrafía). De pronto, al repasar estos garabatos y descubrir que las iniciales de John Lennon son las mismas que las de mi hermano, siento miedo. A él no lo han asesinado y espero que nunca lo hagan —aunque esta ciudad sea tan peligrosa—, pues entonces mis palabras “cuando mataron a J. L.” se convertirían en una premonición, y el pésame sería real y mi culpa, un eterno fantasma que no me dejaría vivir, tal vez ni escribir, lo cual resultaría doblemente siniestro.

Me gusta imaginar publicado este, ¿cómo le llamaré para no comprometerme demasiado?, ¿ensayo?, ¿ficción? Gozo incluso con la textura y el olor del papel, con mi texto ya formado. ¿En qué parte de la revista habré de ubicarlo?, ¿qué clase de diálogo abrirá con el lector en caso de que lo vea situado en la sección miscelánea, donde entra todo lo que no cabe en otra parte? Debo confesar desde ahora —a pesar del enfrenón del chofer y de lo rico que se ve ese jugo de naranja— que me seduce la idea de colocarlo en narrativa. ¿Qué dirá el director?, ¿pensará que es un cuento? Sí, pero no está a la altura de los publicados anteriormente, en realidad se trata de la búsqueda de un tema. Casi nunca tengo uno, y por eso leo, para salir de este círculo opaco al que tanto

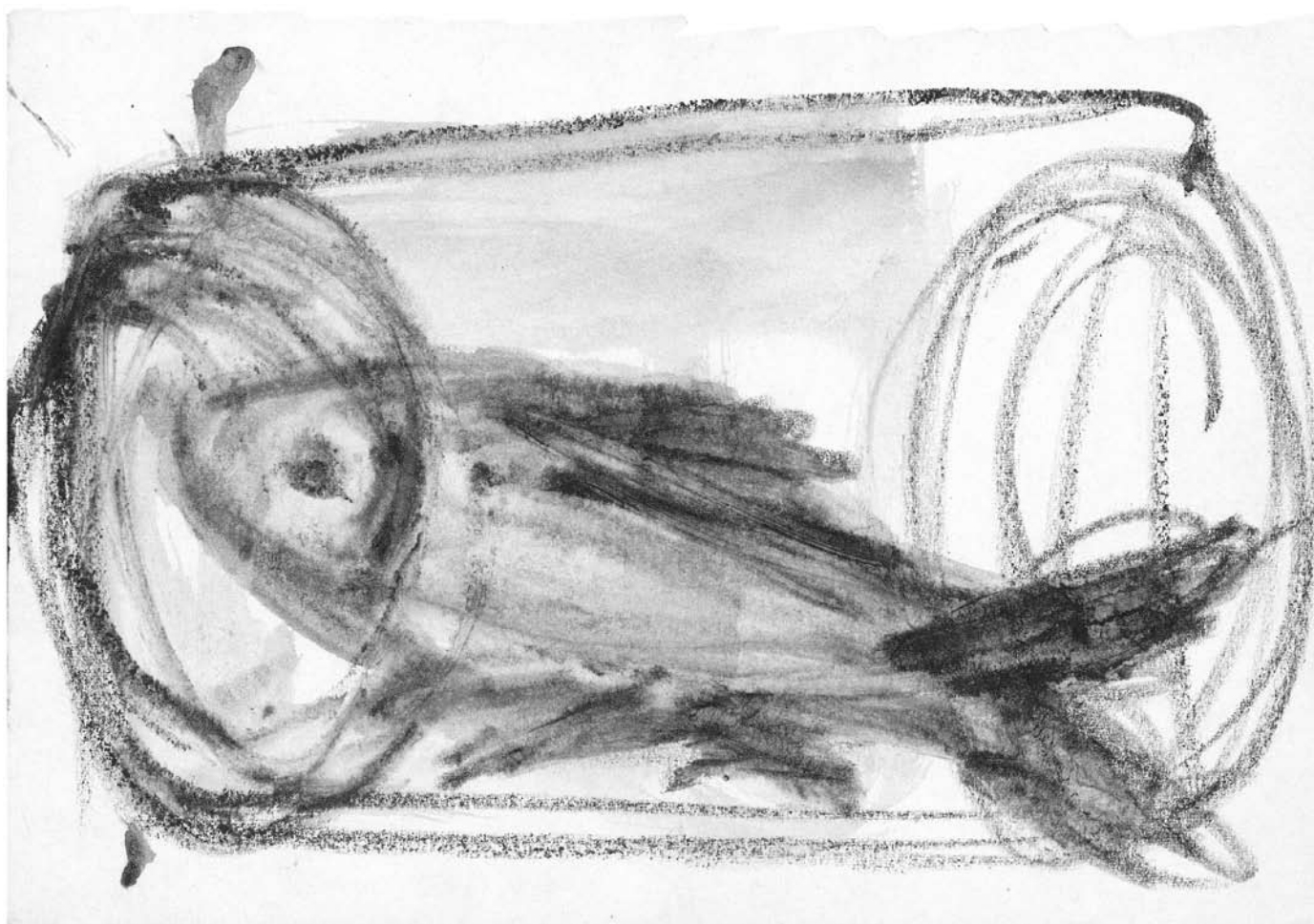
miedo le tienen los escritores. Por lo pronto, es una ventaja tener un espacio seguro donde publicar.

Algunos, al leerme, supondrán que se trata de una confesión, cuando es sólo la búsqueda de algo para escribir y de no desperdiciar la oportunidad histórica de figurar en las letras nacionales (esto ha sido una ironía —creo—; por ahora no lo sé: uno tiene que confiar). Tal vez una oculta retórica, aunada a la confianza en que de cualquier modo apareceré publicado, me hace escribir esto, si bien desde la perspectiva divina no sea más que un desperdicio. Me he propuesto, al menos esta vez, no filosofar, pues no deseo convencer a nadie de nada... Viéndolo bien es demasiado pretencioso suponer que algo así sucede. En el fondo, pienso que un gran número de mis lectores (¿mis lectores?) abandona mis textos cuando me pongo metafísico o existencialista. Sin embargo, esto de ponerse así me resulta irremediable. Debo decir a mi favor, desde luego, que algunas veces salen cosas interesantes, según me han dicho personajes valiosos de mi vida romántica. ¿Quién si no? Además, es mi modo de ser compasivo, y la compasión no es sino el reconocimiento de nuestras propias miserias compartidas, donde por un momento desaparecemos como individuos. Pero dije que no iba a filosofar, a pesar

de que ahora mismo se me han ocurrido un par de ideas para un ensayo (¿o un cuento?).

Estoy a punto de llegar a la oficina y decido internarme en los jardines (qué rico huele por aquí). Me detengo constantemente para escribir. Resulta muy complicado hacerlo caminando, más incluso que sentado en el autobús, y si no tomo apuntes no podré desarrollar mi tema ni tenerlo listo para el cierre de edición. La caligrafía fluye veloz, se ve más descompuesta que cuando empecé (¿y qué empecé?). Es como si de pronto el asunto hubiera estallado en mis manos y el tiempo se crispara contra mí. Creo que a este fenómeno le llaman, a partir de Joyce, el fluir de la conciencia, aunque tenga su antecedente en las *Confesiones* de san Agustín. Es la percepción psicológica del tiempo, que se alarga o se acelera según nuestros apremios. La verdad es que enfrentar a Z me da asco, no siente consideración por los que habitamos en su proximidad.

Qué extraña satisfacción rota es conquistar algo (¿el tema?) y de pronto descubrir que esa jovencita indolente que acaba de pasar junto a mí sin saludar debe considerarme un burócrata sólo porque soy su jefe, aunque a ella le suceda lo mismo con respecto a M y a los tres nos guste el olor húmedo



PATRICIA HENRÍQUEZ

de los pinos. No sé si únicamente yo lo siento o en verdad lo leo en su actitud, o ambas cosas. ¿Cómo explicarle que no me veo así y que además escribo, si es que esto constituye alguna distinción o una defensa?, ¿cómo hacerle ver que la historia de la lucha de clases no tiene destino en la oficinista donde rumiamos nuestras frustraciones?

Ante la plena certeza de que este texto habrá de publicarse, se me ocurre escribir una posdata donde remato y completo así el tema encontrado:

Como verán ustedes, por alguna razón (que ante el hecho consumado ya no requiere esclarecimiento) mi no-ensayo-sí-cuento o mi no-cuento-sí-ensayo, o lo que sea, ha aparecido en este número. Cierta idea de lo merecido, un mínimo criterio de calidad y un espacio seguro lograron tentarme una vez más y ordenaron el mundo, aunque para la fecha en que este texto haya aparecido la justicia seguirá resultándome, con toda seguridad, fatalmente tardía. Lo veo venir. Si no, miren: Z continúa aquí. Si al menos no despidiera ese tufillo. ¡Acaso los demás no lo perciben! Intento despistarlo deslizando mis dedos por el papel recién impreso que ustedes tienen en sus manos, pero es inútil.

Esto de clasificar lo menciono porque cuando determinamos el género de lo escrito, apostamos por un orden a fin de no sentirnos tan aislados y para que el mundo esté de acuerdo con nosotros, al menos por un momento. Es el cuento de la escritura, ese gran *corpus* (qué palabra pedante con la cual un teórico literario ha querido reunir la totalidad de lo publicado y reivindicar así al inmortal desconocido “here, there, and everywhere”, según frase beatlemaniaca). El *corpus*, lo injustamente ignorado, organismo en el que ahora mismo reposo, como los árboles en el bosque o las piedras en el camino. Así de real, así de ineficaz. Acaso un día llegue alguien con autoridad (¿con autoridad?) y disponga mi entrada al canon, ese conjunto de lecturas obligadas (¿obligadas?) que todos quisiéramos leer. Si este ¿cómo diré, cuento? tuviera éxito y ganara un concurso o fuera antologado por alguien importante, tendría alguna oportunidad de ser canónico, como le sucedió a... Mejor no lo digo, pero salió, debo reconocerlo, de su ignominia. Algo hay de truculento cuando la suerte se digna distinguirnos de modo tan arbitrario... Si al menos un día de éstos no emergiera de por ahí Z, si al menos esto pudiera pasar, seguramente aquella mañana en el autobús me habría puesto a pensar en algo más interesante (¿más interesante?) y no habría desperdiciado el tiempo pergeñando con tanta indolencia las cuartillas de rigor.

Sólo para terminar déjenme decirles que justo en el momento en que Paul cantaba “Band on the run”, se me ocurrió ilustrar mi texto con un fragmento de mi propia caligrafía. El tema, por tanto, se dio. Ya puedo darme por bien servido, sobre todo porque sembré la duda acerca de quién será Z, reflexioné sobre los géneros literarios y, lo mejor, pude escribir, gracias al cielo... Fin de la posdata.

De pronto, en medio de mis adelantamientos literarios (prolepsis para ser más exactos) algo sucede: Z se presenta en mi

oficina, con un vestido fosforescente y su cara abultada por la resaca y la sonrisa (esto lo escribo de memoria, ¿o debo decir: en la molicie de mi estudio, algunos meses después, ya sin los temblores de la caligrafía?), con esas emanaciones inaguantables —que no sé si las arrastra consigo o quedaron impregnadas en mi nariz cuando ya no quise saber de ella—. Aparece para avisarme “extraoficialmente” que el director, al que llegué a considerar mi amigo, pide mi renuncia... La vida te da sorpresas, pienso, y durante varios meses —que llegan hasta hoy— caigo en un socavón. Como Sísifo, veo rodar cuesta abajo mi labor de tantos años: la narración canonizable, de buenas a primeras, es lo que menos importa. Tiempo mohíno durante el cual algunos amigos se compadecen de mí. Todo es para bien, no hay mal que por bien no venga, dicen, como corresponde a su papel. Y ahora estoy aquí, de nuevo, pensando que no tiene caso abandonar el cuento de la escritura, irónicamente consciente de que el número de cuartillas o el agobio por el cierre de edición ya no constituyen camisas de fuerza, que la verdadera historia es otra, en la que ahora indago con mi condición desempleada, sin pensar en los Beatles y con la memoria aún quemante de aquellos hedores.

Qué hubiera pasado, por ejemplo, si esa tarde, anterior al comienzo de esta narración, simplemente me hubiera dominado, como lo sugería el presentimiento, y hubiera evitado decirle: quisiera coger contigo, y ella, en lugar de aceptar tan fácilmente, se hubiera hecho la ofendida. Unas disculpas, perdón, se debió al alcohol, las cosas continúan en su sitio y la ética laboral lo mismo que la amistad hubiera permanecido impoluta. Yo habría durado en mi trabajo más de lo que ahora sé que duré y su olor, en un principio simplemente rancio, no se hubiese convertido en esta ojeriza que



PATRICIA HENRÍQUEZ

arrastró desde entonces. Pero la proposición estaba hecha y aceptada. Éramos dos adultos medio ebrios, llenos de manías, tratando de ser intrépidos. Ningún disfrute, ningún deseo, pura indolencia, efecto, según creímos, de nuestro pasado, como si haber vivido precisamente lo que habíamos vivido, sus tres matrimonios y mis pocas publicaciones, obligaran al otro a ser indulgente con su incapacidad para amar o hacerse notar, sin confesarnos el desinterés, el vacío o la abulia que nos tenían ahí, desnudos, repudiando secretamente nuestra falta de gusto (pero no de ambición), muy frescos porque nuestras oficinas eran contiguas y la complicidad un bonito riesgo. Supongo que debí retroceder desde el instante en que, como un segundo aviso, respiré en mis dedos ese vapor picante de sus entrañas, que me hizo pensar en algo muy familiar y aborrecible, de antaño, en un error trágico que, sospecho, me ha desviado para siempre de mi verdadero destino... Pero ya no fue posible, recular habría resultado escandaloso. Seguimos adelante y nos ofrecimos una segunda, una tercera oportunidad, llenos de sabiduría, suponiendo que si dos adultos quieren tener sexo deben aprender el uno del otro hasta acoplarse, alguna noche, alguna vez. Pronto encontramos en su casa un mejor sitio para nuestros encuentros (ella, como buena madre, decía que más limpio y menos peligroso que los hoteles), hasta que su hija se ofendió, primero por nuestra diferencia de edades (yo bien podría ser el yerno, teorice muchas veces) y segundo por las risotadas impúdicas que llegaban hasta el cuarto donde Zetita la joven, tenía veintiséis años, intentaba estudiar historia del arte, mientras nosotros nos descubríamos ridículos e incestuosos, con olor a perfume relamido y los deseos instalados en otra parte, de hecho ahí muy cerca, en la recámara contigua. ¿Qué había de aventurero en aquella resignación?, ¿qué podría ser digno de narrarse en esta historia? Nada, o tal vez el descubrimiento de nuestro verdadero afán: nos estábamos usando. Z trataba de disimular su menopausia y yo buscaba consolidar mis influencias laborales. Por eso teníamos que coger. Hoy todo resulta demasiado truculento, más incluso que cualquier plan divino.

El día llegó en que me cansé de escribirle sus oficios, de rallar sus carnes flácidas con mi afán escalafonario. Tenemos que hablar, tenemos que hablar, repetía tratando de convencerse y convencerme de que nuestros celos eran producto del exceso de trabajo o se debían a la falta de autoridad del director, ese que muy pronto pediría mi renuncia. Esto no puede terminar así. Y, lo mismo que otras veces, organizaba el respectivo día de campo con su dinero, sus viandas y su auto, que yo debía conducir, desde luego. Era un escape más

de la banda, como diría McCartney, pues siempre íbamos acompañados, unas veces para darnos la razón los unos a los otros y hablar mal del jefe y otras para no caer, al menos esa tarde, en la trampa de la coyunda no deseada. Pero el drama regresaba con la despedida. Aquí me quedo, espetaba yo, súbitamente claro está, al pasar frente a alguna estación del Metro, y eso era suficiente para desamarrar una vez más su resentimiento, que crecía y crecía mientras se pasaba al volante, inquina que, como era obvio, terminó por despertar su orgullo de doncella despreciada. Entre la incomodidad y el descanso, los días que nos aborrecíamos eran cada vez más, aunque no tantos como hubiera deseado, hasta que otra vez me llamaba a su oficina para hablar. Pero también esta fórmula perdió su encanto. Supe entonces lo que era tenerla de enemiga, no sólo de mi olfato sino en el trabajo. Conspiró y conspiró hasta que logró catequizar al jefe de que mi soberbia ilimitada me había convertido en el elemento más peligroso del grupo, según eufemismo que ella misma utilizaba con placer.

Hoy, varios años después, las motivaciones escriturales con que nació esta fábula se han desvanecido por completo: ni busco un tema, ni me mueve el apuro por publicar y, lo más extraordinario, he olvidado aquellas fermentaciones suyas. Y lo digo así, afectivamente, pensando más en la provocación de la palabra que en su veracidad. Todo parece tan lejano, como encapsulado en un tiempo que ha dejado de ser mío y que, no obstante, trato de recuperar. Estoy convencido de que ahora sí tengo una historia, de la que ahora mismo trataré de recordar cómo empezó, pues la trama se ha vuelto necesaria, de lo contrario parecerá una confesión, o una venganza.

Esta vez, por tanto, diré algo no sólo creíble sino verdadero: escribo sin tener dónde publicar pero con una historia entre las manos, lo cual viene a corroborar lo dicho: vivimos en un mundo indiferente donde la justicia resulta siempre tardía. Si a eso agregamos que en la felicidad no hay arte, que sólo los amores y las amistades desgraciados tienen destino literario, entonces puedo empezar.

Sólo una aclaración: omito los nombres verdaderos no por recato sino para hacer arquetípico este relato. Escribo endurecido pues lo que no mata hace más fuerte, y yo sigo vivo, dispuesto a descubrir el melodrama en esta historia de oficina.

Conocí a R durante una fiesta...•

FERNANDO MARTÍNEZ RAMÍREZ es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco. Filósofo y escritor, ha publicado dos libros: *La Babel de los payasos* (Miguel Ángel Porrúa, 2000), cuentos, y *El más desgraciado* (UAM Xochimilco, 2000), ensayo monográfico sobre Kierkegaard.